



Exilios

Destinos | Experiencias | Relatos

Diario de la
memoria



Publicación de la
Comisión y Archivo Provincial
de la Memoria. Año V, Nº 6.

Córdoba, diciembre de 2012

El círculo del exilio

Ludmila da Silva Catela

Así como la violencia, el exilio es una contante de la historia de la humanidad. Cíclicamente, en diferentes comunidades y territorios, grupos (cientos, miles, veinte, cuatro, el número es un detalle no menor) de hombres, mujeres, jóvenes, niños, ancianos, abandonan involuntariamente su tierra por motivos religiosos, étnicos, políticos. Exiliados, expatriados, refugiados, transterrados, relocalizados son algunos de los términos usados para denominar el desplazamiento forzado de personas, empujadas, expulsadas de las fronteras de sus comunidades de pertenencia.

Un indeseado viaje agrieta la vida y conduce a otra tierra, muchas veces imprevista. Cuña, ruptura, herida, dolor. Cambia el paisaje, el clima, las comidas, la lengua, un conjunto de coordenadas identitarias cuya diferencia surcarán los registros de la memoria, el relato del exilio. Llanura por montañas. Café por mate. Idiomas a veces irreconocibles reemplazan el español. Todos los días el exiliado se pregunta qué hace allí y, como una variante del migrante, todos los días debe explicarle a otros su diferencia: preguntas insólitas sobre el origen, las palabras y su acento, los nombres, los gustos, las opiniones.

¿Y el insilio?, ¿esfumarse dentro del territorio nacional? ¿Cómo es eso? ¿Qué similitudes y diferencias guarda con el exilio? En este caso la tierra conocida se vuelve extraña, los vecinos pueden ser un peligro, lo que identifica es mejor borrarlo, desconocerlo. El insilio opera un cambio de identidad que puede ser más doloroso aún que el exilio. Afuera, el exiliado muchas veces es acogido por pares de igual condición y, bajo otras normas morales, aquello por lo que fue obligado a partir, puede ser ignorado, quedar en suspen-

so e incluso valorado. Adentro, el insiliado vive en permanente estado de represión psíquica, autocontrol que puede conducir a la locura o al desarrollo de una fortaleza inusitada. El exiliado o el insiliado pierden puntos de orientación elementales (tiempo, espacio, sustancia, etc.). Lo conocido se vuelve extraño y lo extraño con el tiempo pasa a ser familiar. Tanto el exilio interno como el externo, en muchas ocasiones fue la última posibilidad de recomponer la vida frente a la situación límite de la violencia, los secuestros, los centros clandestinos de detención, la tortura y la desaparición de amigos, familiares, conocidos o de ellos mismos. Ese límite específico entre la vida y la muerte hace del círculo del exilio una materia de inusual riqueza para pensar qué pasó, cómo vamos, cómo nos relacionamos con los Otros. El exilio es una forma dolorosa y privilegiada a la vez para descentrarnos y reconocernos en actitudes y pensamientos nada simples, terribles y brillantes, humillantes y solidarios, etc..

En Argentina, los exilios aparecen en el centro de las historias culturales, sociales y políticas. No es ninguna excepción étnica o nacional. Entre los flujos migratorios de la Argentina aluvional, llegaron millares de ciudadanos expulsados de sus países por razones políticas. Entre éstos encontramos a muchos protagonistas de instituciones políticas, económicas y culturales. La expulsión de "compatriotas" también ha sido constante y también promovió transformaciones decisivas de nuestra historia colectiva. ¿Cuál fue la singularidad del exilio/insilio que produjo la última dictadura militar? Este nuevo número del Diario de la Memoria busca contribuir a las respuestas de tal pregunta y sus conexas: ¿quiénes tuvieron que exiliarse? ¿Quiénes pudieron hacerlo? ¿Cómo fueron sus experiencias? ¿Qué aspectos negativos y positivos reconocen? ¿Qué pueden relatar del exilio y qué queda aún en la sombra, bajo sospecha o dolor nebuloso del silencio?

El exilio que produjo la violencia política entre fines de los años sesenta hasta inicios de los ochenta se caracterizó por una masividad inédita. Se calcula que entre 300.000 y 500.000 hombres, muje-

res y niños salieron del país o se escondieron internamente como única posibilidad de salvar sus vidas. Es importante subrayar que fue la violencia de Estado la que tornó imposible la sobrevivencia bajo las condiciones de lucha política que se sostenían. En tanto que nación moderna, el territorio es un asunto resguardado por un Estado centralizador en base a categorías como soberanía, frontera, gendarmería, documentación y una larga cadena de tecnologías de vigilancia poblacional. Sólo este aparato institucional monopoliza el poder de decidir quiénes pueden o no vivir bajo su jurisdicción.

El exilio puede ser pensado como lugar de soledad extrema. Sin embargo, también lo fue de solidaridad, de organización. La posibilidad de estructurar la vida y sobre todo, de generar espacios externos de denuncia sobre la desaparición en Argentina. Los exiliados fueron centrales en la construcción de las redes internacionales de denuncia; puntos de origen y apoyo de la difusión, diseminación e internacionalización de lo que pasaba en Argentina. Ellos comenzaron a socavar los endeblados pilares en los que se sostenía la sanguinaria dictadura.

Los procesos de memoria, sabemos, son selectivos. El exilio fue durante mucho tiempo un espacio de olvido. Quienes retornaban encontraban un país muy diferente al dejado; los que como topos salían del exilio interno bajo un mismo sol, debían rehacer la identidad y reatar lazos quebrados que muchas veces eran irrecuperables. Algunos volvieron con euforia y llenos de esperanza, pero todos estaban heridos, muchos cargaban fuerte resentimiento. El silencio fue un recurso predominante al regresar. La inmensa mayoría de los exiliados internos callaron, los que retornaron al país no sabían muy bien donde estaban. Socialmente fueron mal comprendidos y durante mucho tiempo fueron señalados como "los que se fueron", los que "se salvaron". El exilio encontró su condición de cuestión inestable, de difícil clasificación, de sospecha e incompreensión frente al resto de las resultantes de la violencia política con las que hace sistema: la desaparición,

los centros clandestinos, la tortura. El exilio siempre fue un tema menor. De eso cuesta hablar y creemos imprescindible contribuir a abarcar tal silencio interpeador. Para pensarlo se impone dejar en suspenso aquellos juicios morales.

Parece no haber elecciones en las formas de irse del exiliado. El exilio priva a las personas de un lugar apropiado en el espacio social y las coloca en un espacio de estigma, de otredad a veces insostenible. ¿Sin tierra, sin identidad, sin destino? No es un migrante más. Incomoda, tanto en la sociedad de origen - de la que se sale expulsado por el miedo, la persecución política, el terror del Estado - como en la sociedad receptora, que lo recibe e integra a medias, como si llegaran maculados de algo riesgoso. Sospechoso para algunos, indiferente para otros. El exilio y los exiliados ponen en cuestión las relaciones entre el Estado y sus ciudadanos; la nación y la nacionalidad. Así, el desplazamiento forzado de miles de hombres y mujeres, las colocó en el lugar de presentes ausentes, destrrándolos también en el retorno, cuando el silencio los recibió y el olvido los cobijó.

En condición subterránea, las memorias de los exiliados están como fuerza objetiva que aún parece aguardar momentos y condiciones de emerger, relatar, cuestionar. Del exilio se guardan objetos, fotos, olores, sabores, recuerdos multiformes. La mayoría ultrapasó humillaciones, rencores, miedos y culpas. El exilio puede salir de pliegues, como de ropa guardada mucho tiempo en una valija, que debe ser sacudida, olida y lavada para volver a usarla. Como todo viaje, el exilio compone un círculo que une el pasado con el presente, que en el futuro volverá renovado y el mismo a lo largo de preguntas al recorrer un álbum de fotos. Creemos que hoy las condiciones son propicias para ir al encuentro de los significados del círculo del exilio. El Archivo Provincial de la Memoria abre sus puertas a esta realidad tan singular y universal a la vez. Veremos que puede salir al romper silencios, abrirse a la comprensión y ensanchar las dimensiones que lo componen. El exilio es un círculo. Es un afuera que nos cala por dentro.

En tapa > Lucas Di Pascuale:
Hatoum, de la serie *Colecciones*, 2009.
Tinta sobre papel, 25 x 35 cm.



Comisión y Archivo Provincial de la Memoria

Comunicarse permite intercambiar, poner en común, reflexionar, transmitir, difundir.

El Diario de la Memoria es una publicación de la

Comisión y el Archivo Provincial de la Memoria. En sus páginas, distintos puntos de vista, pretenden recuperar lo que el terrorismo de Estado, intentó borrar. Hacer visible, con la fuerza de las palabras, los trabajos que desde este espacio llevan a reconstruir y transmitir el pasado y sus memorias.

Dirección: Comisión Provincial de la Memoria, Archivo Provincial de la Memoria: Pasaje Santa Catalina 66. Tel.: (0351) 4342449 / 4341501. E-mail: archivodelamemoria@gmail.com comisióndelamemoria@gmail.com

Autoridades Comisión Provincial de la Memoria:

- Abuelas de Plaza de Mayo
- Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas
- H.I.J.O.S. Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio
- SERPAJ Servicio Paz y Justicia
- Asociación de ex Presos Políticos de Córdoba
- Universidad Nacional de Córdoba
- Poder Ejecutivo de la

Provincia de Córdoba
• Poder Legislativo de la Provincia de Córdoba
• Poder Judicial de la Provincia de Córdoba

Archivo Provincial de la Memoria
Directora:
Ludmila da Silva Catela

Diario de la memoria
Edición:
María Laura Villa
Roberto Martínez

Colaboración:
María Cristina
Enrique Hansen
Natalia Magín

Pablo Becerra
Julia Paradi
Mariana Tello
Marcelo Casarin
Susana Romano Sued
Griselda Gomes
Katy García
Horacio Verbitsky
Guido Guidi
Melisa Paiaro
Ernesto Argañaraz
Natalia Colón
Wenceslao Cabral
Marcos Gastaldi
Federico Lorenz

Fotografías:
Acervo Fotográfico del Archivo Provincial de la Memoria

Pablo Becerra
Alejandro Frola
Mariano García
Natalia Pittau
Verónica Maggi
Pablo Genero
Victoria Degenaro
Manuel Bomheker
Bahía Flores
Agustina Triqell
Guillermina Martínez
Sandra Siviero
Natalia Magrín
Federico Del Prado

Diseño:
Di Pascuale Estudio
[www.dipascuale.com]

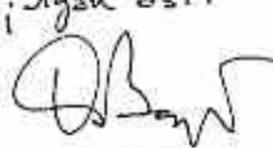


Baldosa de la Memoria

Baldosa de la Memoria como homenaje a Yolanda Mabel Damora y José Alberto García Sola. La actividad se realizó en Bedoya 66, barrio Alta Córdoba, lugar donde fueron secuestrados en mayo de 1976.

La visita de Bayer

Oswaldo Bayer deja sus palabras y su firma en un ejemplar de su libro "Severino De Giovanni. El idealista de la Violencia", de la colección de la Biblioteca de Libros Prohibidos del APM.

Muy emocionado luego de la visita a esta casa del cruce civil. Se me ocurre sólo esta frase: ¡Siguan así!

 Oswaldo Bayer
 31 de marzo de 2012.

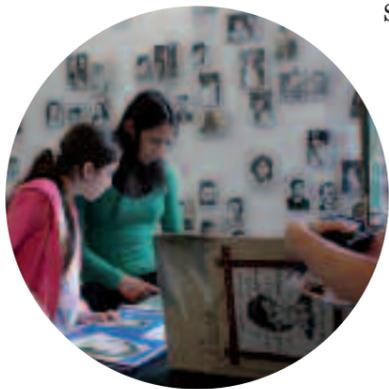
Derecho a Decidir

En el Archivo Provincial de la Memoria se llevó a cabo el lanzamiento público de la campaña multimedia "Derecho a Decidir" que se enmarca dentro de la Campaña Nacional a favor del derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito en Argentina. Esta campaña se publicará en el sitio: www.derechoadecidir.com.ar.



Álbumes de Vida

Se incorporaron nuevos álbumes a la "Sala Vidas para Ser Contadas". Entre ellos, el de Alberto Marcelo Oro. La Sala es parte de Sitio de Memoria "ex D2". La misma pretende aportar a la reconstrucción de las historias de vida de los desaparecidos, a través de álbumes, fotos, objetos y relatos que permiten recordarlos.



Memorias para llevar

"Memorias para llevar" es el resultado del trabajo de Tesis de Melina Arce y Ana Colantonio, de la carrera de Comunicación de la UNC. Desde el Área Educación del APM acompañamos entusiastamente este proyecto, que nos llevó a pensar colectivamente en un producto, que los niños que visitan el Museo de Sitio, pudieran llevarse. Una herramienta para compartir con sus familias, un recurso que empodere a los más chiquitos como transmisores de memorias. Queríamos que fuera hermoso, colorido, atrapante como un cuento, divertido como un juego, cargado de contenido y alegría, que circule la palabra desde el protagonismo de los chicos.

Acompaña este producto un audiovisual, que relata que fue y qué es el APM, producido por el área de Historia oral.



Jóvenes y Memoria

Edición Córdoba del programa nacional "Jóvenes y Memoria, recordamos para el futuro".

El 27 de octubre se llevó a cabo la presentación de las diversas producciones audiovisuales, revistas, intervenciones Urbanas, etc. La jornada se desarrolló en el Comedor Universitario de la Ciudad Universitaria de Córdoba, y el **cierre musical a cargo del grupo Rimando Entreversos**.

El trabajo conjunto entre docentes y estudiantes se llevó adelante desde mayo. Los encuentros se realizaron en la sede del Espacio para la Memoria Campo de la Ribera y se extendieron hasta el mes de octubre.

Las rondas de Educación

En el marco de la conmemoración de la noche de los lápices, se llevó adelante la edición 2012 de la "Ronda de la memoria. Hacia una pedagogía de la memoria." La Ronda de la memoria es un encuentro de jóvenes y sus producciones. Un intercambio de experiencias desde las prácticas. Un espacio para mostrar y compartir reflexiones en torno a la Memoria y las temáticas que signifiquen a niños y jóvenes.

La Ronda de la Lectura es una invitación a niños y jóvenes; docentes y estudiantes a un día de ejercicio pleno de nuestro derecho a leer en libertad. Este año fue la 4ª edición de la Ronda.



Ricardo Foster

"Yo hoy entraba al Archivo, bajaba al sótano, el sótano es un lugar terrible, se lo intervino con una reproducción proyectada sobre una pared toda resquebrajada de un discurso de Videla, que tiene al lado a Menéndez. Yo tenía una sensación extraña ahí, porque uno podría leer "el sótano, simplemente un flashback hacia el horror, bajar hacia ese sótano". Y yo lo escuchaba a Videla y decía "Ganamos, yo estoy bajando acá y estoy escuchando a este tipo y esto se ha convertido en un museo de la memoria, será que ganamos. Salvo que este en una pesadilla y me despierte estando en el sótano. Pero al mismo tiempo tenía una sensación de todo lo que habíamos perdido". Y es que no hay redención, hay quizás formas de reparación. Hay maneras a través de las cuales algo de esas heridas se puede cauterizar, esta por supuesto entre comillas la justicia, el ejercicio de esa forma de reparación que son los juzgamientos, las condenas imprescindibles absolutamente. Pero también está el mundo que fue tragado inexorablemente, por eso, somos otros. (...) la sensación de estar en un lugar como el del Archivo, La Perla, la ESMA, es siempre esa perturbación que tiene que ver con lo que significa sobrevivir a lo irreparable".

Ricardo Forster, filósofo y ensayista





Interrupciones. Los **exilios** en la lengua

Roberto Martínez

“Ya no se sabe, en realidad, dónde queda, por llamarla así, la frontera, ni, en realidad, la realidad”.

J. J. Saer

Los exilios provocados por la última dictadura militar argentina, sus experiencias, inevitablemente atraviesan distintos aspectos y niveles del discurso sobre nuestra historia reciente. A través de diferentes procedimientos lingüísticos, estéticos, formales los exilios producen sus inscripciones, dejan sus marcas sobre la superficie discursiva, forman parte de la totalidad de los relatos que buscan entender, comprender, cómo fue posible el terrorismo de Estado. En el diálogo entre los discursos sobre la represión, el exilio puede profundizar y complejizar potenciales lecturas. Desde allí, las experiencias exiliares, nos posibilitan visibilizar, echar luz, sobre un período que exige, como tarea substancial, la revisión constante.

Situar el discurso

El exilio inventa su propio lenguaje. En él las palabras y las imágenes se van desentrañando. Se debaten entre el sonido y el silencio, la luz y la oscuridad; entre la indagación de los nombres y su significado, entre los cuerpos y su aliento; en este espacio los intentos por desentramar las lógicas del terrorismo de Estado es la tarea más difícil de abordar. Si por un lado exigen la cerrazón y el silencio puesto que las palabras se tornan insuficientes, imposibles, como fue expuesto por Theodor Adorno; por el otro, sólo por la palabra puede ser

tratado. Para Cristina Siscar “la escritura sería la mirada distante de aquello que alguna vez miramos de cerca; una escena grabada que se ha perdido en el tiempo”. Ante semejante paradoja, la respuesta es hacer preguntas. Estos relatos contienen representaciones que la dictadura no pudo destruir, en ellos las imágenes y los testimonios que se salvaron del horror encuentran un espacio para ser, para expresar lo inexpressable, hallan una posibilidad de poder “transmitir una experiencia, para no hablar solo, sino con otros” (Susana Romano Sued).

Las palabras no pudieron ser destruidas en la Argentina de la última dictadura con su represión, controles, vigilancias, castigos y Centros Clandestinos. La palabra y la memoria; el lenguaje y los testimonios: las narraciones.

Las experiencias del exilio van a marcar intensamente, quizás irreversiblemente, la tragedia argentina. También a la lengua, ya no es posible usar las palabras, hablar o escribir igual que antes del 24 de marzo de 1976.

¿Qué le paso a nuestra lengua en los años de la dictadura? ¿Cómo quedo la lengua? ¿Cómo hablamos después de la dictadura? ¿Cómo narramos la dictadura? “El exilio, esa experiencia desgarradora, es capaz de balancearse entre la pérdida y el hallazgo” (Ricardo Foster).

Huir del olvido. Los éxodos del lenguaje

En las narraciones que abordan el tema del exilio se problematiza, entre otras cosas, sobre qué formas deben tomar para dar cuenta de la complejidad de lo real, para abordar desde diferentes miradas las experiencias de la censura, la persecución, la cárcel y el exilio; también la clandestinidad, la tortura, la muerte y la desaparición.

Con el desarraigo, las personas sufren la agresión de dos elementos claves de sus identidades: el lenguaje y el lugar. Es, en otras palabras, cuando el lugar habitado por hombres y mujeres, desde donde escriben, hablan, viven, no se corresponden con la lengua propia, con la lengua natural; y con ello la dificultad del lenguaje, con ello la sensación de estar siempre fuera de lugar, descolocado. En efecto el registro lingüístico proscrito gira, se hibridiza. Susana Romano Sued lo define como el shock de la lengua.

A partir de la pérdida del lugar —cuando todo se mueve y la ausencia se convierte en “un acto irreparable, penoso y vergonzante, como una fuga” (Héctor Tizón)—, la relación entre las palabras y lo real, y entre el significado y el significant se tensionan, entran en crisis. Para Jorge Boccanera, “la válvula de la imaginación se cierra, se obtura, en la dictadura. Y hay que empezar a

recuperar la capacidad de asociar y vincular, que la imaginación trabaje con la conciencia, porque hay una imaginación de la conciencia, y una conciencia de la imaginación. Trabajar en esto es empezar a recuperar las palabras, los contenidos, los símbolos. Así, el difícil y anhelado regreso de la palabra, la obstinada búsqueda por “gobernar” la lengua, se vuelven un compromiso ético inquebrantable: desenmascarar al lenguaje, refuncionalizarlo, resemantizarlo. Se interrogan las palabras clave de la estructura del sentir: desaparecidos, clandestinidad, compañeros, subversivos, La Perla; palabras que, durante y luego de la dictadura, expandieron connotaciones no presentes en otras épocas, en otras lenguas. Nuevos referentes se suman, y se disputan con los antiguos la palabra, la connotación, los núcleos referenciales.

Es, en la mirada de Héctor Schmucler, “La palabra como riesgo; también como posibilidad de goce, de éxtasis, es decir de salida. La palabra responsable que hace responsable al hombre en su doble acepción; responde a y responder de. Capacidad de dar respuesta al otro (lo que significa el reconocimiento del otro) y fuerza moral que exige el reconocimiento de uno mismo en la palabra”.

Son tiempos “sin precedentes”,¹ en donde ninguna palabra define todo lo expresado. Lo acontecido tiene características que imposibilitan que las palabras se congreguen, que reconstruyan los sentidos y los significados que arrastran consigo.

Esto produce, en el ejercicio del lenguaje, dos dimensiones dialécticamente vinculadas, por un lado el objetivo es repensar el “viejo” lenguaje, mirarlo desde una perspectiva crítica e intentar dar cuenta de lo nuevo. El acto de (re)nominación es, simultáneamente, liberador y transformador: la “nueva” palabra proporciona la posibilidad de vislumbrar, de entrever, la nueva realidad; de remediar los lazos rotos con el pasado, para así volver a poder proyectarse hacia un espacio futuro. Un espacio que rescate a los exiliados de ese poder totalitario que los obligó a marchar. Cristina Siscar insiste que en el destierro “nuestra memoria, nuestros referentes, el contexto que da sentido a nuestros actos, no existen para los demás, salvo como relatos. Pertenecen a otros espacios y a otro tiempo y por eso adquieren, también para nosotros, una dimensión mítica”

En el cuento “En la noche” de Humberto Constantini el lenguaje de los sueños, se podría decir que, opera de distintas maneras: a veces, permite abordar aquello que no puede decirse, el sufrimiento, la sospecha, las víctimas, lo inenarrable. Otras, parece responder al deseo del narrador de superar tensiones, de quebrar el clima opriente de lo que se cuenta. Pero, a veces, la complejidad de lo real exige la referencia directa: “Ve entonces el otro auto: un Ford Falcon gris, con tres tipos adentro. El auto ha girado en la esquina de la casita, y ha entrado en la cuadra de contramano. El hombre ve que el auto avanza lentamente hacia él”. Y, en último lugar, una esquina, “una pieza falsa”, evasiva, deviene en relato de militancias clandestinas y desapariciones. La complejidad, la sor-

didéz de lo real cambian las reglas del juego lingüístico, “sospecha entonces que todo lo que está viviendo es un sueño”, se dilata, los deseos de huidas ficticias se suspenden, se impone la realidad, el decir explícito: “tal vez esta semana llague una carta de ellos, se dice (sin pronunciar tampoco ahora el nombre de sus hijos) mientras expulsa lentamente el humo. Y el humo asciende lentamente hacia el techo encalado de una piecita de Colonia Anzures, en México, a nueve mil kilómetros de Buenos Aires”. Una vez que la narración logra correr los velos, la escritura pone en evidencia una de sus estrategias constitutivas, la digresión: “todo esto es un sueño”, todo esto es real.

En este caso el sueño, como todos los lenguajes, posibilita una mirada plural sobre la “Historia”, sobre la realidad; una mirada que se pretende sincera frente a la visión obstruida y unívoca de los dictadores, que con sus lenguajes, pueden desencadenar acciones letales. Las palabras, que significan y valoran, entran en tensión. Las palabras son sometidas a evaluaciones; son, en tiempos de dictadura, puestas bajo sospecha. Y una de las consecuencias de esta función atribuida al lenguaje por los dictadores es, el exilio lingüístico, que busca construir nuevas posibilidades por todos los medios.

El resguardo de la palabra

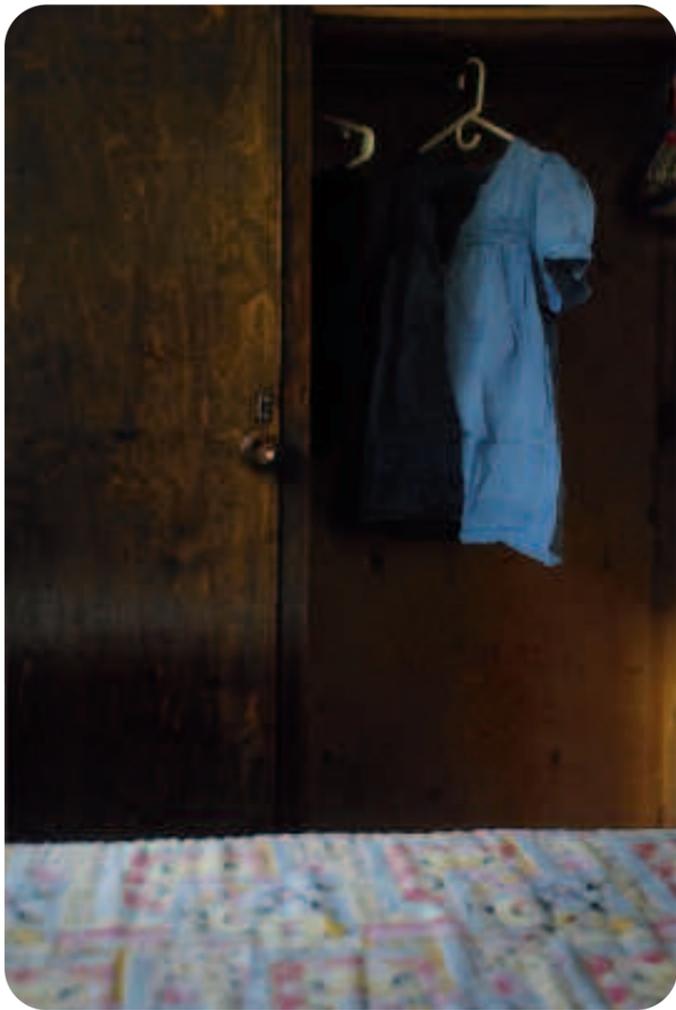
Desde el exilio, los elementos materiales e inmateriales que constituyen los modos de entender y sentir la vida sufren un proceso de desplazamiento. El desterrado no puede situarse en la tierra de la que partió; más allá del impedimento real, el retorno es simbólicamente insostenible porque, desde los horizontes del exilio, lo que se deja toma otras dimensiones y ya nada puede ser mirado de la misma forma. Se duplican los registros lingüísticos, temporales, espaciales, culturales... Héctor Tizón en el exilio necesita cerrar los ojos para ver, que nada de lo de afuera perturbe la tierra que había dejado atrás. Ante la necesidad de un paraje donde reasentar el cuerpo y los pensamientos expatriados, donde fusionar todos los elementos dispersos, se concibe un espacio: el espacio de la escritura; y allí hay más preguntas que respuestas.

Ante la violenta situación el desarraigo busca la casa, el cuerpo, el nombre, y hasta “el punto de fuga del placer”, en la palabra, en la imagen: “antes de huir quería ver lo que dejaba, cargar mi corazón de imágenes para no contar ya mi vida en años sino en montañas, en gestos, en infinitos rostros; nunca en cifras sino en ternuras, en furros, en penas y alegrías” (H. Tizón). El lenguaje exiliado se tensiona, se transforma en un espacio donde arraigarse. La palabra es ahora un lugar habitable, vehiculizadora de un nuevo saber que no se procura totalizador ni unívoco. Las palabras son la reserva, los sentidos y la responsabilidad de poder seguir hablando, de seguir diciendo. “Cuando tantas veces nos hemos preguntado por el misterio que nos rodea y que con frecuencia se nos presenta como un peso insoportable y al mismo tiempo bienvenido; cuando el dolor abandona las estadísticas y nos



Fotos:
Página 8: Verónica Maggi.
Página 9: Alejandro Frola (arriba)
y Pablo Genero (abajo).

1. Las dictaduras surgidas en la década del 70 en América del Sur no significan sólo una crisis política, sino también una dificultad de entendimiento; ya que resulta incomprensible en términos de las categorías conceptuales de la tradición política occidental. Arendt, en su libro *De la historia a la acción*, subraya que “La terrible originalidad del totalitarismo no se debe a que alguna ‘idea’ nueva haya entrado en el mundo, sino al hecho de que sus acciones rompen con todas nuestras tradiciones; han pulverizado literalmente nuestras categorías de pensamientos políticos y nuestros criterios de juicio moral”.



Fotos:
Página 10: Natalia Pittau (arriba)
y Mariano García (abajo).

► atraviesa como puro dolor, cuando celebramos la palabra porque nos abre a lo inconmensurable, lo indecible, ¿de qué hablábamos? No puedo leer nada sino a través de mi vida”. (H. Schmucler).

A través del lenguaje, los sujetos en el exilio, buscan constantemente redefinir su posición, se esfuerzan por aproximarse a lo real y, en el intento, se cuestionan su propia identidad, su lugar y el de los otros. Si la realidad son los Centros Clandestinos, los secuestros, las torturas, los asesinatos y las desapariciones; desde el exilio se impone la imperiosa necesidad de redefinir los roles, de ubicar el cuerpo desmembrado, desencajado por la experiencia del exilio, en algún lugar, de asentarlo. El destierro, el quebranto con la situación de la tierra amada, se ramifica en la problematización de la realidad de la que se ha saltado involuntariamente. Surgirán, así, distintos interrogantes y posibles repuestas en torno al exilio y a los que se exilian.

Un posible ensayo de reposicionamiento es la construcción de una genealogía de exiliados. El sujeto exiliado, lejos de configurarse como un Ser pleno, se conforma desde la dispersión. Son tiempos de oquedad, y las personas, buscan (re)armarse a partir de fragmentos, vacilaciones, incertidumbres. Para Siscar buscan “encontrar y perder a la vez, como una sola acción”. En esta experiencia es necesario rastrear las huellas que diseminó en su partida forzada. “Relatos del exilio. Fotos, historias, memorias” es una propuesta del Archivo de la Memoria que, en formato álbum, se propone narrar colectivamente el exilio. Allí, Osvaldo Bayer elige fijar una fotografía de él saliendo de su casa en el exilio alemán, al tiempo que escribe: “Sí, la llegada a Alemania. El repentino regreso a lo ancestro (...) Un Sepp Payr, herrero, que partió con herramientas a conquistar las pampas en aquellos veleros que tardaban sesenta días en cruzar el Atlántico, es devuelto exiliado, en avión, con el nombre de Osvaldo Bayer, su nieto. El campesino tirolés que fue a plantar nueces y a herrar caballos lleno de ilusiones y de futuro, regresa cien años después, desesperanzado, sin herramientas. El azul se ha convertido en gris. El emigrado económico del siglo pasado regresa como emigrado político”.

Otro potencial ejercicio de reconfiguración es la acción de tender puentes, de volver a encontrar los parámetros y los límites del lenguaje, de las palabras, de las letras; articulando las historias de los que no pudieron exiliarse, de los que eligieron quedarse, de los presos, de los desaparecidos con las historias de los que “se negaron a dor-

mir entre violentos y asesinos”, los que se fueron para salvar sus vidas. En “Relatos del exilio...” Mirta Sánchez, arriba de la foto de su hijo Camilo en una marcha realizada por los Organismos de Derechos Humanos en 1977, relata: “Exilio. Cuanto dolor encierra esta palabra, es volver a vivir el pasado, recordar a los compañeros, la militancia, la marca que nos queda de ese momento, la separación de lo más querido. En mi caso dejar a mi hijo en ese momento... un bebé. Luego volver, el encuentro, para mí fue doloroso, triste porque mi hijo no me reconoció, no sabía que era su mamá”

Pese a los obstáculos, en los desterrados subsiste un interés: preguntarse por la tierra de la que fueron arrancados y por las personas que allí quedaron. Este escenario, siempre abierto, proyecta en cada sujeto las preguntas que se relacionan con la parte más íntima de él mismo, que no se abandonan y se reconfiguran constantemente en todo el proceso.

Poner en cuestión a la “Patria” es, básica e imprescindiblemente, disputar los sentidos discursivos, los sentidos históricos. Se vislumbra la imposibilidad de meterse de lleno en la complejidad de la época que se habita sin pasarse a esa historia el cepillo a contrapelo. Se busca posar sobre los hechos históricos que están aconteciendo, otras voces, otras miradas a las lecturas e interpretaciones brindadas por el terrorismo de Estado.

Refuncionalizar el discurso militar, denunciarlo, ponerlo al descubierto. De esta manera se proponen versiones distintas a las dadas por el poder dictatorial. Las narraciones de los “apátridas” irrumpen, y pretenden, configurar un discurso contrahegemónico, que confronte con la historia oficial y pugne por hacer emerger las voces, los testimonios, proscriptos, desaparecidos. Desde los márgenes, estas palabras, empiezan a construir estrategias, acciones, alternativas narrativas que adquieren una importancia capital en la pelea de sentidos. Lo que también implica disputas por el significado de las lecturas y las escrituras.

De esta manera, las narraciones sobre los exilios trazan un doble nivel de interpelación: sobre la historia que relatan y sobre las modalidades que se ponen en juego para transmitirlos. Al tiempo que plantean un esfuerzo por regresar a dimensiones extraviadas, abrirse paso en una comprobación incuestionable: dar cuenta del hueco gigantesco producido por el destierro. Y esto, para muchos, es su propio desaparecer en horizontes lejanos, ajenos. Es, la insoportabilidad de no saber ¿a dónde va a parar todo lo que queda ausente?

2. Ver el texto sobre los “Relatos del exilio. Fotos, historias, memorias”.

Fuentes

Álbum “Relatos del exilio. Fotos, historias, memorias”. Sala Exilio, Sitio de Memoria APM.
Boccanera, Jorge; “Tierra que anda. Los escritores en el exilio”.
Schmucler, Héctor; “Memoria de la comunicación”.
Tizón, Héctor; “La casa y el viento”.

Relatos del exilio:

fotos, historias, memorias

En marzo de 2012, en el marco de la semana de la memoria por el aniversario del último golpe de Estado en nuestro país, el APM inauguró una nueva sala que aborda la temática del Exilio a través de la relación entre fotografía, escritura y memoria. Narrar la experiencia a partir de una foto es la propuesta. Cada historia individual se incluye dentro de un álbum, construyendo así un relato colectivo sobre una misma experiencia política, social, económica y cultural: el exilio, el desarraigo.



María Laura Villa

El Álbum del Exilio

Un álbum guarda fotos que al ser miradas nos permiten recordar. Un álbum de fotos está cargado de recuerdos, historias, anécdotas. Puede contar historias de vidas, momentos personales atravesados por cuestiones históricas y a través de ellos, puede contar la historia de un país.

En el libro “Fotografía e identidad. Captura por la cámara devolución por la memoria”, de Ludmila da Silva Cate-la, Mariana Giordano y Elizabeth Jelin, se aborda la relación entre Fotografía y Memoria. Allí las autoras se refieren a la interrelación que se genera y sobre cómo la imagen puede servir de “*sopORTE al recuerdo*”, cuando ese momento fue vivido por quien observa la fotografía, y como “*vehículo de memoria*” cuando se reconstruyen desde el presente situaciones en las que participan tanto aquellos que vivieron esa experiencia como quienes no participaron.

El “Álbum del Exilio” propone narrar esa experiencia a partir de una foto que

sirva como “*sopORTE al recuerdo*”. ¿Qué nos dice ese momento de la foto? ¿Qué recuerdos dispara? ¿Qué silencios guarda?

¿*Qué procesos simbólicos y subjetivos ocurren en el encuentro/reencuentro con imágenes que nos representan o simbolizan experiencias vividas?*, es la pregunta que se inscribe en una de las paredes de la Sala Exilio y que nos interpela acerca de qué nos pasa cuando recordamos a través de las imágenes. Una sala donde se aloja “El Álbum del Exilio”, el cual guarda fotos e historias que nos invitan a recordar, reconstruir, repensar. Este álbum refleja la experiencia del Exilio, su sensación de “no ser de ningún lado” y las diversas vivencias. La particularidad es que no sólo invita a las voces sobre quienes recayó el exilio sino a las familias que decidieron acompañar, los hijos, las esposas, esposos, madres, padres, etc.

Esta propuesta se incluye dentro del Proyecto “**Los tiempos del exilio**”, inaugurado en diciembre del año pasado, el cual pretende construir un espacio de recuperación de las memorias y las historias en torno a los procesos de exilios políticos, internos y externos, que

afectaron a nuestro país. Se trata de reconstruir las tramas socio-políticas de las personas exiliadas, rescatando sus experiencias, tanto desde sus partidas como su continuidad en el exilio y el retorno; construyendo así una narración con las memorias de los exiliados.

El Exilio es ruptura; silencio, pérdida, desarraigo. Exiliarse es dejar parte de uno. Partir hacia ningún lugar siendo lo que no se es, con algo que no es propio. Sin embargo, el Exilio significó la vida frente a la muerte. Exiliarse fue la salvación frente al secuestro, la tortura, la desaparición. Fue la libertad frente a la cárcel. Tal vez por esto, los relatos y vivencias de esta experiencia quedaron silenciados, guardados, susurrados durante mucho tiempo frente a las experiencias del paso por los CCD, la cárcel, y la muerte. Así, quienes debieron abandonar su país o esconderse dentro de él simulando ser otros tardaron mucho tiempo en poder pensar y reflexionar sobre la marcas del exilio. Hay quienes partieron en soledad abandonando sus amores, su familia, su lugar. Hay quienes partieron con ellos a cuestras. Cada historia está marcada por esa experiencia pero vivida y tran-

sitada de diversos lugares y formas: el militante, sus hijos, su compañero, compañera, las madres.

En las páginas escritas hasta hoy, se encuentran imágenes muy variadas a través de las cuales se puede leer y entrever, por donde atravesó el Exilio (o su significado) a cada una de esas personas. Hay fotos que hablan del paso por la escuela; fotos en aeropuertos y barcos; de padres e hijos; de vías del tren; del trabajo político y de las denuncias realizadas desde el Exilio. Algunas duelen; otras interpelan; muchas se transforman en documentos históricos que dan cuenta sobre un momento político y social. Las historias de cada una de esas fotos fueron escritas en un registro diferente. Cada página tiene diversos usos del lenguaje y en su narración culmina ese recorte iniciado en la elección de la foto. Algunas historias son descriptivas de la imagen; otras no guardan relación con ellas pero sí con sus márgenes, con lo que allí no se ve.

“La Lucha que nos parió”

La primera hoja del álbum cuenta la historia de Florencia. Ella elige una foto que ubica en el centro de la hoja.



Es el recuerdo de quien hoy es una mujer transmitiendo las sensaciones de una niña ante un suceso que no eligió, no es consciente, no logra entender. Florencia escribe un relato simple, conmovedor y sobre todo contundente, por medio del cual logra transportarse y transportarnos en el tiempo en que sucede aquel recuerdo disparado por una foto de ella con su mamá en el aeropuerto. Contundente porque traza con simpleza los dilemas que a veces los niños plantean a los adultos: “Si es tan bonito no sé por qué me mandan sola. Mi mamá dice que porque el pasaje es caro y los abuelos me extrañan mucho. También dice que la azafata es muy simpática y me va a cuidar. Yo no los extraño, ni siquiera los conozco. Pero cuando vuelva a Madrid seguro que los voy a extrañar”. Después sigue Viqui, que es la mamá de Florencia. Ellas escribieron por separado, sin embargo hay un punto en que sus escritos se unen. Hay una anécdota que Florencia recuerda. Hay una foto de dicha anécdota en la histo-

ria de la Viqui. El relato recorre a través de las fotos, las sensaciones, impresiones y recuerdos de años en el Exilio de forma metafórica, con recursos literarios que respetan ese recorte planteado sobre contar a través de las imágenes, y que al mismo tiempo implica un recorte de la experiencia. Un dejar algo afuera otra vez; un parate obligado, como así lo expresa: “...La vida quedó a medias y la escuela en las sierras pasó a ser una imagen en la niebla. El exilio asfixió los sueños, adormeció los recuerdos, bloqueó los rostros amados...imposible caminar con una valija tan cargada de ausencias, tan cargada de muerte...”

“El Raulo” también escribe su experiencia como hijo de exiliados. Raúl González, además es militante de H.I.J.O.S desde los inicios de la organización. Su relato describe específicamente la foto que eligió para el Álbum del Exilio. Aunque el relato se centra en la imagen, también habla de los márgenes. En esa historia podemos

leer el contexto social y político, la realidad del Exilio y de las dictaduras latinoamericanas. Raúl nos muestra una foto de sus compañeros de curso en una escuela en Suecia y afirma “Entre mis compañeros había siete uruguayos, cinco chilenos, tres bolivianos, cuatro argentinos, el Jorgito de Guatemala, y un español. Salvo este último, todos éramos hijos de exiliados políticos que habían huido de sus países a raíz de la persecución de las dictaduras militares. La mayoría de los uruguayos en realidad eran nacidos en Buenos Aires, producto del primer exilio de sus padres desde Uruguay a Argentina en 1973, y luego exiliados nuevamente en 1976 desde Argentina a Suecia.” “En esos años (70/80), Suecia tenía la particularidad de recibir a cuanto refugiado político hubiera en el mundo, y en la escuela y en el barrio era muy común jugar con iraquíes, pakistaníes, kurdos, iraníes y gitanos (que no tengo muy en claro de donde venían), de vez en cuando algún finlandés o alguno de Islandia”

**La dimensión colectiva.
La generación del “nosotros”.**

“Cuando salía el tren intentaba guardar en mis retinas la imagen de una Buenos Aires que me trajo mucho dolor, donde milité y viví una historia de amor intensa, abortada por la represión. Recuerdo la infinita tristeza y el temor que me embargaban cuando llegué al ferrocarril Mitre que iba a Tucumán, constituía un riesgo viajar. Pero era la fecha ideal, se suponía que el control sería más liviano por ser la última noche del año”, escribe Laura Vilde que sintetiza sus sensaciones en las fotos de las vías del tren. La historia de una mujer atravesada por la experiencia militante. Conoce los riesgos, los códigos; el sentido de su lucha y de su partida. Sus escritos se refieren al Exilio, pero predomina el recuerdo de su militancia, de las citas, de los compañeros, de la lucha, de lo que allí quedó “abortado por la represión”.

El relato de Juan Carlos Juárez fue inscripto en otro registro. Él, no quiso escribir, nos fue mostrando fotos y contando historias que grabamos. “Si tuviera que sintetizar que es el exilio diría que es una cárcel grande, puedes tener muchas cosas pero no tenés lo que querés. Es trasladar tu prisión a otro lado; no es la típica prisión de los barrotes pero es algo más fuerte. Si te abrieran las rejas de la cárcel te vas, allí tenés todo abierto pero no te vas; ¿por qué no te vas?... es el castigo más grande el exilio tanto exterior como



interior... cuando estás preso te va a visitar tu familia o tenés compañeros al lado. En el exilio tenés un mundo de gente, te haces amigos y todo pero estás privado de la libertad". En la historia de Juan Carlos se impone el relato militante, colectivo. Como en tantas otras entrevistas los relatos de quienes fueron militantes, se focaliza en esa dimensión colectiva con la que ellos vivieron esas anécdotas. Siempre hay un "nosotros", "el partido", "los compañeros". Tanto en sus fotos como en lo que él cuenta, la vida, la sensación personal está en un segundo plano. En este relato podemos leer y reconstruir el Exilio desde lo político propiamente dicho. Cómo se organizaban en el exterior, cómo eran las posibilidades para salir del país, quiénes tomaban las decisiones, con qué organizaciones políticas contaban en el exterior; las denuncias; los lazos solidarios, etc. Esos son los ejes principales del relato. Entre líneas, se visualiza su vida familiar, sus relaciones de pareja, rupturas, encuentros y desencuentros.

Incluso su vuelta a la Argentina, más de 30 años después esta atravesada más por una dimensión política que individual. Juan Carlos volvió a la Argentina después de que Kirchner descolgara el cuadro de Videla; bromea con este hecho porque reconoce que nunca confió en este hombre por ser peronista.

Bayer: El lujo literario

Al hablar de Exilio hay ciertos referentes (políticos, escritores, músicos) que aparecen en nuestras memorias. Cuando pensamos en este álbum el objetivo era darle espacio sobre todo a aquellas voces no conocidas del exilio. Sin embargo, este álbum se encontró con la visita de Osvaldo Bayer que también quiso contribuir a este relato colectivo.

En la foto se ve un Bayer joven caminando con una valija. Es la tapa de uno de sus libros. Sin duda este relato es una de las delicias en términos de escritura. Pero lo más interesante es que nos

adentra en una dimensión diferente al resto pensando su exilio en relación al de sus padres: "Sí, la llegada a Alemania. El repentino regreso a los ancestros... El emigrado económico del siglo pasado regresa como emigrado político".

La decisión política

"Hoy quiero recordar tres imágenes" relata Betty. De las tres imágenes que rescata, la última que nombra es la de cuando pudo recibirse después de cuatro años. Esta historia muestra las marcas del exilio en el recorrido de una mujer que decidió acompañar a su pareja en el escape de la muerte, decidiendo apostar a la vida y tener hijos. El párate de su carrera de Kinesiología y el alejarse de su familia para formar otra. Al final, como si por las imágenes viajaran los recuerdos y a través de ellos los reencuentros agrega "Mientras escribo estas líneas me encuentro con la persona que llevó a mi marido a Alta Gracia el día que partió. No lo veíamos desde aquel día".

"...El exilio es dejar a mi hijo..." escribe Mirta arriba de una enorme foto de un niño ubicada en el centro y que ocupa casi la mitad de la hoja. Ese niño es Camilo, el hijo de Mirta. Camilo se ve al frente de una marcha realizada por los Organismos de Derechos Humanos en 1977 con un cartel que dice "libertad a mi papá". En su andar el niño busca, quizás sin saberlo, interpretar y reconstruir la historia y la identidad de un país convulsionado. Mirta, ancla su relato en la separación, en el alejamiento, en la distancia atormentadora que el exilio puso entre ella y su hijo. Para ella, hoy 36 años después, el exilio implicó la separación de su hijo y el tiempo perdido junto a él.

El relato de quienes sufrieron el exilio por la certeza del amor pueden aparecer como más despolitizados. Sin embargo, sacrificar por seguridad la maternidad o acompañar y hacer propio el destierro, la clandestinidad y la persecución de otro, también son decisiones políticas.

En esta nota no fueron incluidas todas las historias que hoy conforman el álbum de exilio por cuestiones de espacio, pero éstas se encuentran para ser leídas cuando visitan el Archivo Provincial de la Memoria.

Zona de debate

Ensayos, análisis, aportes teóricos para la comprensión de los procesos de memoria. En esta edición, invitamos a reflexionar a Susana Romano Sued, Marcelo Casarin y Griselda Gómez sobre las experiencias del exilio. Pensar sobre cómo, a través de diferentes procedimientos lingüísticos, estéticos, formales; los exilios producen sus inscripciones; dejan sus marcas sobre la superficie discursiva de nuestro pasado reciente.

Daniel Moyano y el exilio

Por Marcelo Casarin

Es posible que el exilio sea para Daniel Moyano consustancial a su itinerario vital. Además, tiene indudable correspondencia con su repertorio narrativo: en sus primeros libros los protagonistas son, en gran medida, desterrados, seres que fueron arrancados de su lugar, despojados de afectos y llevados a otro menos amable, más hostil.

Hay también una novela bisagra en su obra, *El trino del diablo* (1974), que despliega una versión del exilio interno, las tensiones capital / interior, y un

sistema represivo que aísla, margina y castiga a los desobedientes. Se trata de una novela profética: "Triclinio se levantó, dio una patada al tarro de las monedas y caminó hacia el este, tocando en medio de la calle. Desde distintos puntos de la ciudad salían unos individuos aberrantes con picanas, revólveres, máquinas de luz intensa, leznas, tirabuzones y otros objetos de tortura, y lo siguieron marchando apesadumbrados. A medida que Triclinio recorría calles seguían sumándose torturadores, vencidos o derretidos, con sus instrumentos de tortura en las manos. Triclinio había recorrido unas diez cuadras, pero la cola de torturadores llegaba hasta los puntos cardinales. La gente se asomaba a los balcones, como en las invasiones inglesas, para ver qué pasaba, y miraba esa larga procesión de ratas, como en la historia de Hamelin, detrás del maravilloso violinista. Lloraban arrepentidos tratando de ocultar sus cuchillos, sus palabras y sus trinchetas, pero todo el mundo los veía y no se olvidaba de ellos. La madre alentaban a Triclinio, que estaba cansado porque con cada torturador que se sumaba le costaba más esfuerzo sacar sonidos del instrumento, y le decían que tuviera valor y siguiese, que así acabarían con el flagelo. Y los niños en edad de recibir gases lacrimógenos y algún golpe de picana agitaban en lo alto banderitas y pañuelos."

En este episodio Triclinio hace sonar su instrumento y las ratas/torturadores no pueden resistir y deben seguirlo.



Daniel Moyano con Pepe Bianco, en Madrid, 1984.
(FOTOGRAFÍA: PEPE LAMARCA).

Los tiempos del exilio en el poema

por Susana Romano Sued

Si por fuerza hay que dormir en otra lengua; despertar en otra lengua; saludar; cocinar y comer en otra lengua; escribir encerrados en las altas paredes de otra lengua, criar hijos y sostenerlos en la lengua ajena, una peripecia en la cual se nos arranca de aquella primera, la materna, que nos fue arrancada junto a las cosas nuestras del lugar, del hogar, y hechas destierro, la oquedad del mundo se vuelve materia bruta, nos amenaza. El exilio es una dimensión de la experiencia que ampara varios sentidos, y no se deja capturar en un concepto único, puesto que la universalidad de su significado va demoliéndose en la singularidad de la vivencia de cada sujeto, de cada comunidad, y del contexto en que uno y otra han debido atravesar el exilio, experimentar la diáspora. La memoria entrama la vivencia del exilio y modula las violencias, los desfallecimientos, las extrañezas que cada instante cotidiano, enajenado por ocurrir en una dimensión ajena, de territorio, de lenguaje, de costumbre y de diario ajeteo, estampa y marca cuerpo y alma, y se inscribe en la letra y con la letra: ¿con sangre? ¿Con tinta? Mis exilios pueden leerse en estos poemas:

Aprendo a hablar

Primero me llega el sonido áspero de los murmullos que les rodea la boca y me ponen al centro del vértigo
Un balbuceo se desgrana en el pabellón
Entra como un aguijón
Es un enjambre hacia mi alma
A los puños les late la pulsera de sangre
Se alegran
llenos de son y saliva los latidos

Hay dos caras: cada una deja salir por el hueco redondo de la boca el aliento y el espesor de los compases de melodías roncadas

El aire cabe en la sílaba
Cabe en el acento enjambrado
el cuchicheo aminora
el vaivén de un vocablo se queda en mí
y cuando los tonos de la lengua forastera
levantan vallas
murallas
alambres de púa alrededor del primer nido de la palabra que habita en el enjambre
en la palpitación
me pone a salvo
es el tesoro
Es yacimiento

Los torturadores parecen ser centenares, la mano de obra ocupada del aparato represivo del Estado. Al final se mencionan los “niños en edad de recibir gases lacrimógenos y picana”. En la misma escena, aparecen las madres alentado a Triclinio: las madres, que tuvieron el protagonismo que todos conocemos en la lucha contra la dictadura del ‘76. Lo sorprendente del texto es que fue publicado en 1974, precisamente en marzo de ese año. Y no se trata de forzar al texto a decir lo que no dice: presenta episodios que no están disponibles como dato empírico en la realidad político-histórica del momento de su escritura; y es sorprendente el modo en que Moyano percibe “lo que está por ocurrir” o, en otras palabras, cómo articula en su relato artístico, en el discurso poético, lo que de alguna manera está en estado de discurso social.

El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 fue la experiencia más violenta de la historia reciente del país. La represión adquirió una dimensión desconocida hasta el momento: el terrorismo de Estado que impuso el gobierno militar tuvo como objetivo la aniquilación sistemática de estudiantes, militantes políticos y sociales, obreros y sindicalistas, intelectuales y artistas; y ello por el simple hecho de ser considerados *subversivos*, arbitraria categoría que incluyó a cualquier expresión contestataria, o simplemente progresista. Estos acontecimientos no fueron ajenos a la vida de Daniel Moyano, quien inmedia-

tamente fue encarcelado por las autoridades ilegales y, al poco tiempo, liberado e inducido a abandonar el país.

Comenzará, entonces, para el escritor la difícil etapa del exilio en Madrid, que se extenderá hasta su muerte, el 1° de julio de 1992. En su nuevo lugar *no se halla*, siente que ha sido arrancado de su tierra, de su lugar y presiente que ya no lo recuperará más. Siente también que ha perdido su voz y que *no sabe decir ni siquiera buenos días*, que es una brutal manera de señalar que también ha perdido el lugar simbólico de la escritura: no puede escribir, el trauma de la cárcel y el exilio han trastocado la sensibilidad del artista que no encuentra cómo hablar de eso. Ha perdido sus personajes, las historias que eran la carnadura de sus ficciones. Ha perdido a sus tías, dice y repite, las tías de sus relatos. Y un día, milagrosamente, gracias a una tía prestada, nace “Tía Lila”, el emblemático relato que le devuelve la voz a Moyano: “Un día vino un amigo que es médico y pintor, Osvaldo Gomáriz, y me dijo: ‘yo tengo un remedio para vos’. Creí que me iba a dar unas pastillas y le dije que no quería saber nada. Pero él me dio la llave de su bohardilla y me hizo ir a visitarlo: y prácticamente me obligó a escribir. [...] Yo ya no creía en nada y le tenía miedo a volver a creer en la literatura. Además habían pasado muchas cosas en el país, en mi vida, y bueno, yo no me considero un escritor realista y por lo tanto no sabía qué hacer. [...] Así que me planté y le dije a Osvaldo:

‘Mirá, yo no tengo más tías, y solamente sé escribir sobre mis tías, así que planto y se acabó.’ Entonces él me dijo: ‘Ah, bueno, yo tengo una, te la presto.’ [...] Y se produjo como un pinchazo en esa bolsa de angustias que yo tenía adentro y por el agujerito empezó a salir el cuento...”

Luego de varios años de silencio, Moyano se dedicó a escribir una segunda versión de esa novela “hija del lopez-reguismo”, que dejó olvidada en la abrupta partida al exilio en 1976, y que reescrita en Madrid se llamó *El vuelo del tigre* (1981). Después publicó *Libro de navíos y borrascas* (1983), donde cuenta la historia de miles de “conosurenses” que dejan el país rumbo a un exilio europeo, en barco, en el Cristóforo Colombo.

A partir de 1985, Moyano irá recuperado, por prepotencia de trabajo, algo que también había perdido como consecuencia del exilio: sus lectores. Y había perdido la consideración de las editoriales: en Argentina, formó parte de las famosas listas negras, por lo que no se reeditaban sus libros; en España, comenzaron a interesarse por su obra muy lentamente. Pero es quizá la obtención del premio Juan Rulfo por su relato “El halcón verde y la flauta maravillosa”, lo que devuelve a Daniel Moyano la confianza en sí mismo, en su verdadera estatura artística y en su valía de escritor. Este acontecimiento, además, le depara una nueva oportunidad en su carrera: contrae agente literaria, se vincula con la emblemática

catalana Carmen Balcells. De esta relación, al comienzo, debe reconocerse un estímulo importante a la productividad creativa de Moyano; y aunque fue la agencia Balcells la que consiguió varios contratos editoriales, la relación no terminó bien: es posible que la insensibilidad comercial de la reputada empresaria no asesorara convenientemente a Moyano, y no le permitiera el encuentro con sus lectores de ambos lados del Atlántico.

En cualquier caso, quizá la más reparadora de las experiencias para Moyano haya sido la de los talleres literarios, que comenzó a dictar en 1987: primero en Cádiz, luego en Móstoles y, por último, en Oviedo. Esta actividad le permitió reencontrarse con su condición de escritor, a más de ganarse un dinero en una ocupación mucho más gratificante que la de lijador de maquetas en una multinacional, trabajo que desarrolló por varios años en Madrid.

En esta última parte de los años '80 está empeñado en corregir una porción importante de sus textos ya publicados; y está desarrollando la que presume como su obra más importante: una novela que cerrará (junto a *El trino del diablo* y *El vuelo del tigre*) el ciclo latinoamericano, según algunos; el riojano, según otros: *Tres golpes de timbal* (1989).

En esta revisión no exhaustiva del itinerario escritural de Moyano debe mencionarse *El trino del diablo* y *otras modulaciones* (1988), una singular reedición de la novela (reescrita), acompañada de un puñado de cuentos inéditos. ▶

Vivir en una lengua

Estoy en silencio. Oigo cómo vienen de fuera los ecos de las voces mezcladas con la palpación del cuerpo mío. Tengo este cuerpo, y este cuerpo soporta los ecos de afuera, ajenos, y los coros de dentro, ajenos también por estar atrapados en los muros de la constancia de la lejanía.

Palabras dormidas, auscultadas por una memoria, de visitas furtivas. Soy una palabra rota, habito en un recinto de infancia, *in fans: el que no habla; el que no habla, todavía*.

Enhebro los abalorios del habla en una cuerda y escucho las voces que son ecos; no hablan conmigo; prometo la gravedad de la atención a los silabeos de las voces ajenas y acopio estos víveres para la travesía de la lengua. Sé que acechan las sirenas: si las escucho el habla de dentro va a ceder; si no las escucho el paño de sordina que envuelve al habla de dentro ahogará los ecos que ahora son extraños para el espejo que le pone la otra ajenuidad. Pero no; la infancia no es el lugar de donde vengo. El callar es un callar adulto, luego de haber practicado el habla, las hablas, la escritura en el regazo áspero del suelo natal, provisto aquí y allá por la escarpa de la memoria.

Desde allí es que me arranco; y voy rodeada de mi piel, ropa de dolor.

Es el mismo grito que no se oye, igual que en la fonación improbable en las pesadillas. En el sueño, tonos y sonidos reverberan en el número preciso del viaje: en el lugar de los nombres, de las cosas, de los rostros desfilando a un lado y otro de la despedida. Son las con-

secuencias de la luz despilfarrada en la violencia, el mucho ver y oír, los cantos rodados que se apilan al costado de la pequeña tradición. Veo que soy un peregrino, y no tengo de dónde venir.

Pronto la lengua ajena desgarrar la delgadez del alojamiento. Las diéresis, las siseantes fonéticas se adueñan del pequeño lugar en mí, de la reserva en la que han empezado a florecer el soneto, la corona, las cadencias graves de los once tonos. Hay sílabas, palabras alejandrinas que brillan como diamante. Paladas de frases de arena. Están sucias de pronunciación, de significado, de superficie.

En el umbral de la lengua se alzan las grafías de escritos antiguos; es el hebreo de mis mayores, admonición sobre la palabra y sobre los treinta y seis justos que sostienen el mundo. El hebreo mezclado a los dialectos de la aldea, lejos de la lengua de los asesinos. Residuos, ruinas, vestigios; el corte en la garganta para la prosodia desconocida.

No me muerde aún el idioma. Apenas ha hundido sus colmillos en el corazón de lo gregario; la comunidad, deshecha y esparcida por las diásporas, me confina en lo callado. Gutural, materna, la lengua de oriente rumia en la duna y en la alta barda; costea los restos de coral, y sangra. Carga los hijos en la espalda; no habla.

Las rimas gorjean en la melodía del destierro mientras las hablas desentonan aquí y allá; son las afonías de la despedida, son las endechas mudas, espigando la orilla del corazón biendicho. De noche, los tártaros abandonan



PABLO BECERRA

el desierto; merodean al borde del sueño, sacan provecho del cansancio y dejan prefijos encajados entre las palabras graves, en las arcadas. Hoy he cedido a la entonación, a la rima pobre, a la desinencia. A la cancelación sonora de la procedencia. Me nace una frase monstruosa en un giro de aliento que alberga una pausa entre tono y tono.

Aguamarina es una piedra dura, es un peso en el cabo de la cuerda que me mete al mar. Tengo una lengua, una sola, que no es la mía.

El castellano viene a ser vasija, tribu, punta de flecha de obsidiana, manta funeraria, tango; *Andenken*; sirve para

adornar el anaquel de la civilización. Sigfrido muere sobre el dorso de una carta entremares.

Debo conservar puro el castellano, bien que haya sido y esté siendo el idioma de la confesión forzosa; el idioma del mal del sur. Tenemos los gestos, me dicen los compatriotas del idioma que han enmudecido junto conmigo.

La nave de Islandia está quebrada en el mástil, mientras aprendo a hablar la lengua de los asesinos. En la cubierta de la frase está la piedra de corazón, están los carbones, está la brasa meridiana, la adormidera apaleada en la lucha del idioma. ▶

► Además, cuando la muerte anunciada ocurrió el 1° de julio de 1992, Moyano dejó una novela que no alcanzó a revisar completamente, *Dónde estás con tus ojos celestes* (que apareció en 2005 bajo un sello argentino) que habla también del exilio, desde el exilio. Dejó también conjunto de textos que llamaba memoria-cuentos o memorias musicales, que fueron publicados en Oviedo, España, en 1999, bajo el título de uno de los relatos: *Un silencio de corchea*; algunos nunca fueron publicados en libros, como "Follía": "Pero esta mañana, al prender la radio, oigo que está sonando 'La follía' y advierto que casi todo lo que soy, o por lo menos lo que construí para vivir, pertenece a esa sonata de Arcángelo Corelli. [...] La casa que construí allá en el despojado Cono Sur para criar y donde crié mis hijos: la huerta que cultivé, donde veía día a día madurar la fruta; la música que toqué durante 17 años por esos pueblos desolados, entre la que estaba 'La follía'; los nacimientos y las muertes que nos tocaron; la cárcel y después el barco y enseguida el camino del exilio, todo estaba ya en los primeros compases, esta mañana. Y 'La follía', como al otro lado del mar, seguirá sonando al otro lado de mi muerte, qué duda cabe, ya se sabe que ella lo controla todo."

► Pantanos tragándose los pies. El escrito flamea hacia el abra tendida entre los muros de palabras y mi silencio. Abajo, una melena de algas. Sobre esos líquenes no crece tallo, no florece flor, sólo tradición sepultada de raíz. Los nombres pierden sostén, ambulan por el recuerdo, simulan ser los mismos. Es la palabra ajena que labra una anomalía en el corazón, en el alma forastera. Trebejos que se deslizan sin orden, marañas de voces que atestan el umbral de la razón.

Las pausas trazan los atajos del relampagueo de las palabras maternas entre el follaje de la *Sprache*. A dónde ir con los cuadernos mestizos, con este injerto.

Una oración de tenacidad a largo plazo tañe por los crepúsculos y mora a la fuerza en el rumor de las palabras vecinas: callar, fue nuestra virtud.

Esa noticia se pierde en el murmullo. Se pierde mientras busca el meridiano.

La caracola enmudece; se le pega un luto de tarde; badajo negro, puente de plata.

El escrito flamea en el abra tendida entre los muros de palabras y mi silencio.

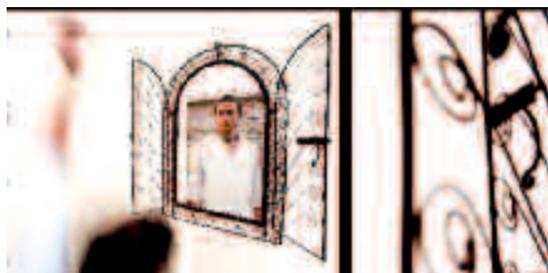
Parpadea de acento en acento.

Habito en una lengua, que no es la mía.

Del poemario *Journal*,
El Emporio, Córdoba, 2009.

Poema en columna siguiente >

Del libro *Andalucía Nueva Ignara*. Ed. Babel. La foto que lo acompaña es de Victoria Degenaro.



Andalucía nueva ignara hogaña y antaña

(Fragmento)

Griselda Gómez

Es pradera sin agua
Loma morro que reptaba bajo
Vientre bajo fondo
De madera seca y ensenada de cuervos
Pájaros repetitivos rastreros
En el ápice de los balcones
Polizones en crestas de iglesias
Igual que hace tanto
Deshidrata con sus mojados
Adoquines y alquitrantes
Correderas corrimientos
Promete historias e histerias
De mal calizo y calicanto.

Lo digo porque la he cruzado
Con himnos insignias
En las burguesías monacales
En los pobres tejidos y bordados
En el borde y el tejado
Lo digo porque sé de lo que hablo
No escribo yo la trama
Ellos la hacen.

La prédica es réplica reforma súplica
Campanas deserción y drama
Volver es darse cuenta
De cuántas almas
De cuántas penas

No nos deja poner ni súplicas ni rúbricas
Y si exilio padecemos
Ella armoniza nuestra ausencia
La idiota resignación resentida
De títulos y premios.

Lo sé porque la he cruzado
Con mi gabán gris y forro de tafeta
Y en el correo o la estafeta
Mandaba poemas
Mandalas a los amigos
Vulnerables cor-tados do-blados ba...
Cor-del do-blez ba-dajo
Eso seguimos siendo
Espantarnos si salimos
En pijama desnudos o con sombrero

Tengo autoridad suficiente
Después de todo después de tanto
En tanto cuando camino
Sus alfombras rojas y lúgubres bibliotecas
El corazón empedrado de su manzana
Cruzado por la líneas negras
De la negra sangre que dejaron
Estampas de esclavos de lenguas primeras

No soy turista no tengo que agradecer
Luces ni credos
Vengo de pie no hincada
Atravesando las arcadas del Cabildo
Hoy dormidera limosnera
Ayer no recordarlo
Y más allá hace tiempo
Celdas castigos de los ellos y las ellas

A bordo de pies y membranza
Entre san y deán
El recuerdo intacto preservar
Por no olvidar.

LA VIDA ENTRE
EL EXILIO Y LA MILITANCIA

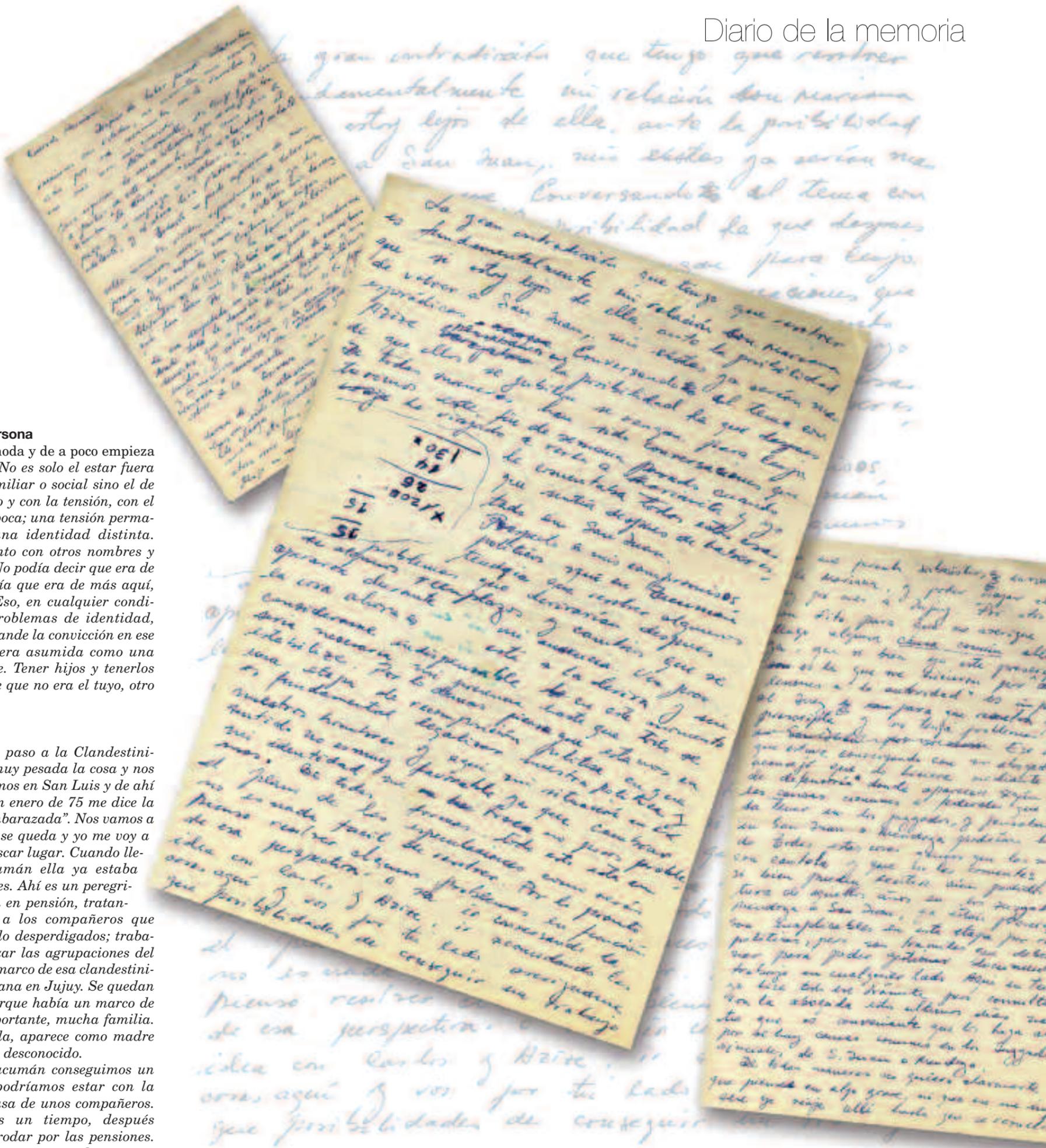
“Siempre me consideré un exiliado interno porque nunca pude decir ‘me llamo Carlos Tello, soy de San Juan’”

Carlos Tello vive en San Juan, su lugar natal, donde creció y del cual fue obligado a huir. Su vida militante comenzó a principios de los 70 cuando tenía 16 años y aún era estudiante secundario. Su compromiso político lo hicieron protagonista de una de las etapas más movilizadoras social y políticamente del Siglo XX. Perteneció a la generación de los setenta, fue Montonero, creyó en la idea de la revolución. Por esto, también fue protagonista de los crímenes y persecuciones de la dictadura: su compañera, "Sisita", fue secuestrada y desaparecida; él obligado a esconderse, a exiliarse, a vivir siendo otro, y con ello a separarse de su hija.

En esta entrevista reflexionamos sobre la experiencia del exilio e intentamos, a partir de algunas de las vivencias exiliares de Carlos, pensar sobre cómo el terrorismo de Estado atravesó todas las esferas y ámbitos de nuestro país. Cómo a partir del 24 de marzo de 1976 las categorías de público, privado y clandestino cambiaron para siempre; cómo las fronteras se movieron hasta desvanecerse y se reconfiguraron las subjetividades, las familias, los grupos, los argentinos, todo.

Diversos lugares van trazando el derrotero del exilio: San Juan, Mendoza, San Luis, Tucumán, Jujuy, Buenos Aires, Trelew...

No es una trayectoria lineal sobre el tiempo y el país; diferentes "hitos importantes" construyen, puntean la lógica de la experiencia de Carlos Tello. En la argentina de los 70, en su coyuntura, los caminos espaciotemporales se recorren varias veces. Por ellos, los seres humanos caminan, cambian rumbos, velocidades, dinámicas, pensamientos. Tello recuerda: "En el 69 Mendoza", "En el 72 yo caigo preso, nos llevan a Buenos Aires y al penal de Devoto y de ahí a Trelew, salgo en el año 73 con Campora"; "En Mendoza estuve trabajando en el Ministerio de Gobierno y ahí la conozco a la mamá de Mariana, por supuesto ahí legalizado. Formamos pareja muy rápidamente y después vuelvo a la clandestinidad"; "fue en octubre del año 74, había desaparecido un compañero, ya las tres AAA andaban haciendo sus...había muerto Perón. Nosotros empezamos nuestra relación justo el 1 de julio del 74 cuando muere Perón"; "En el año 75 nace Mariana en Jujuy"; "Me fui a una villa a la casa de un compañero"; "en el 75 cuando estábamos en Tucumán ya estaba el Operativo Independencia y había desarticulado toda la estructura de Montoneros y habían prácticamente desaparecido todos los dirigentes de superficie"; "Mi familia estaba en San Juan"; "En el 83 yo era un auténtico tucumano obrero de la construcción."



En primera persona

Tello se acomoda y de a poco empieza a pensar(se): “No es solo el estar fuera del entorno familiar o social sino el de estar encerrado y con la tensión, con el corazón en la boca; una tensión permanente y con una identidad distinta. Tenía documento con otros nombres y otra historia. No podía decir que era de San Juan, decía que era de más aquí, de más allá. Eso, en cualquier condición genera problemas de identidad, pero era tan grande la convicción en ese momento que era asumida como una tarea militante. Tener hijos y tenerlos con ese nombre que no era el tuyo, otro apellido...”

Recorridos

En Mendoza paso a la Clandestinidad. Se pone muy pesada la cosa y nos vamos. Estuvimos en San Luis y de ahí a Tucumán. En enero de 75 me dice la flaca: “estoy embarazada”. Nos vamos a San Luis, ella se queda y yo me voy a Tucumán a buscar lugar. Cuando llegamos a Tucumán ella ya estaba como de 7 meses. Ahí es un peregrinar de pensión en pensión, tratando de ubicar a los compañeros que habían quedado desperdigados; trabajar y reorganizar las agrupaciones del Ingenio. En el marco de esa clandestinidad nace Mariana en Jujuy. Se quedan las dos ahí, porque había un marco de contención importante, mucha familia. La reconoce ella, aparece como madre soltera y padre desconocido.

Luego, en Tucumán conseguimos un lugar donde podríamos estar con la nena, era la casa de unos compañeros. Ahí estuvimos un tiempo, después empezamos a rodar por las pensiones. Primero para que no nos detectaran, después porque en algunos lugares no querían bebés porque lloraban de noche. En esos tiempos yo siempre iba al sur o al interior de la provincia, a rescatar y ver familias, ese era mi laburo, tratar de volver a organizarlos.

Al poco tiempo que estábamos ahí, ya Mariana tenía siete meses, compramos un departamento, mi suegro lo compró. Ahí fue donde cayó la “Sisita”, y se la llevaron a la nena también. Yo no estaba, andaba en el sur de Tucumán tratando de conectar una familia que había desaparecido. Cuando vuelvo, el almacenero de la esquina me advierte de que algo había pasado, que había habido un revuelo muy grande, yo para sacarme la duda, abro la puerta del departamento era tarde y el tipo estaba esperándome al fondo del pasillo; cierro la puerta y salgo corriendo, ahí me persiguen y se arma un tiroteo, pero logro zafar. Al otro día me voy a la guardería con la esperanza de que la hubieran dejado a Mariana ahí, pero dicen que no estaba. Ahí vi que esto era el desastre...

El arrojó a las sombras

Tello comienza un exilio de diez años en donde su militancia y compromiso político les van a permitir seguir viviendo, fortaleciendo y marcando sus esperanzas. La “nueva” vida va más allá de los aspectos materiales y simbólicos, trasciende el presente permitiéndole establecer canales subterráneos entre el territorio que lo acoge, ampara y oculta y el de sus orígenes que tiene que dejar atrás. Este es el soporte que le va a permitir sortear la nueva vida en la Argentina que empieza después del 24 de marzo de 1976. También es lo que le permite preservar su memoria, su identidad.

“Mi militancia se desarrollaba en las zonas urbanas bajo las condiciones de persecución. El hecho de vivir en condiciones urbanas, te aferraba mucho a los lugares y eso era cuando el enemigo detectaba donde podías andar, y todo lo demás. Empezabas a cometer rutinas.

Cuando cae la casa en Tucumán, la casa donde realmente gozamos, fue como una luna de miel tardía pero era de disfrutar. Ahí nos cae la casa, nos robaron todo pero me llevaron lo más preciado, mi compañera y Mariana”. Ése fue el momento más jodido, ahí comienza la etapa más dura de la persecución y el exilio.

El camino de la invisibilidad

El exilio interno te impone una nueva vida en la que una parte de uno deja de ser lo que es. Se impone el olvido. En el exilio se desarrolla una doble identidad, que se construye entre los que debemos ser y lo que queremos ser, sentir, vivir. El exiliado transcurre en debatiéndose entre esos sentimientos tan contradictorios sin perder la esencia de lo fue, de como llegó a ese lugar. En el exilio hay sentimientos que no se pueden contar, son prohibidos, Indecibles, no suceden. Los exiliados actúan como si no les

pasara lo que les pasa; hablar de ello esta prohibido. El exilio se los prohíbe; las personas que los rodean también. Retener los recuerdos en la memoria es la única forma de resistir.

“Otras de las cosas del desarraigo es cuando te van arrinconando a una situación donde no puedes tener nada ni familia, ni contacto...ni casa, nada. Arraigarse a un lugar era el suicidio. Mas allá de que estaba dentro de la Argentina, yo siempre me considere un exiliado interno porque nunca pude decir vengo de tal lado, soy de San Juan, me llamo Carlos Tello, tengo esta historia, y con el agravante de ser perseguido. Estuvimos dando vueltas durante uno años, pero tampoco eso era vida. El no arraigarse también tiene sus costos personales y familiares. Entonces empezamos a buscar trabajo, no estable en la construcción. En la construcción vos podías trabajar y podías dar datos falsos ya que no te



asentaban en ningún lugar. Todos esos años he vivido en las villas dentro de Tucumán cambiando mi propia identidad, había adquirido las costumbres, hablaba como Tucumano. Ahí tengo una carta que le escribí a mi hermano sobre el difícil tránsito de volver después de diez años de haber estado viviendo como obrero en una villa, me había mimetizado y acostumbrado. Durante ese exilio tenía otro nombre, me habían puesto un apodo "Marangoni" (por el jugador de fútbol de un equipo de Tucumán que era mendocino y ellos a mí me tenían como mendocino, todo eso me servía a mí para pasar inadvertido). Es más, en los tiempos que se aflojó un poco la mano era delegado de la Construcción, me denominan para ser miembro de la comisión directiva de la UOCRA en Tucumán. Por supuesto que yo siempre rechace porque no podía entrar en ese terreno.

Era una inserción con otro nombre y también con una sospecha en la gente de que yo algo ocultaba, y me cubrían por eso. La gente me la marcaba, por ejemplo una vez hubo un censo y yo vivía con otro compañero que tenía su familia, él me preguntaba "che Marangoni vos te vas a querer censar", y yo decía "no deja que me voy a ir", pero él me dijo "no, yo le voy a decir a la cenista que no hay nadie más en la familia". O por ahí había operativo rastriellos y me avisaban para que yo me escapara. O lugares habituales donde íbamos a comer con otros compañeros y nos habían reconocido. Nos pasó en un bar de camioneros donde íbamos a comer los domingos; nos dábamos ese lujo de juntarnos a comer y conversar un poco. Una vez viene el tipo del comedor y nos dice "muchachos váyanse porque han estado preguntado por

ustedes". O en la obra donde trabajaba me decían "che, hay un camionero que casi seguro que es milico ha estado preguntando por vos". Con esto quiero decir, que ellos no sabían, es decir sabían mi identidad política que tenía cualidades como para ser delegado, pero no sabían que detrás mío había una historia. Hubo una familia que me adoptó y sabía que yo estaba en la clandestinidad. Son muchas cosas que vivís que te relacionan con tu vida real, pero a su vez vas adquiriendo una serie de costumbres y modos de vida. Para mí el saldo de esa experiencia es mantener mi salud mental, porque si hubiera estado exiliado en otro país o preso o secuestrados no se como estaría de la cabeza, porque a mí me permitió ver como era el proceso de lectura y reconstrucción del campo popular, me permitió ver como nos veían a nosotros que teníamos una imagen muy idealizada del pueblo, y de lo que pensaban de nosotros. Entonces eso por un lado y por otro lado tener contención afectiva, familias que te ayudaban, eso es muy importante. Y vivir una vida de obrero que nunca había vivido.

Lo que estaba siempre presente era resistir, sobrevivir, y dentro de eso trabajar, vivir con lo que teníamos. Logré comprar un lote, hacer una casita muy precaria. Yo vivía en una villa, y resulta que ahí vivía un dirigente del sindicato de gráficos con el cual nos hacemos muy amigos y armamos una cooperativa para sacar a toda la gente de la villa. Él tenía el sindicato que no estaba intervenido, ya en las últimas de la dictadura, así es que armamos con un grupo de gente del sindicato, con algunos de la villa y compramos un terreno grande y después lo fracturamos para que cada uno se hiciera su casa.

El camino de la visibilidad

El momento crítico se me viene cuando en el año 83 tengo que volver a la legalidad. Se reorganiza con los exiliados que habían vuelto el "Peronismo para la Victoria", a nivel nacional estaba "Intransigencia y Movilización Peronista", Peronismo para la Victoria era como una agrupación de esa agrupación nacional. Cuando yo aparezo, a mí me daban por desaparecido, me contacto con ellos y me ponen al frente de la agrupación como reconocimiento de mi trayectoria, organizan una conferencia de prensa y empiezo a actuar públicamente. Me encontraba con los compañeros que me conocían como Marangoni y a mí se me hacían "así las tripas...esas cosas", la gente, esa familia que me cobijo... y me fui a Jujuy porque no soportaba esa doble identidad que tenía ahí, el Marangoni y el dirigente del Peronismo para la Victoria. Yo le decía esto no es bueno para la agrupación y ahí me pusieron otro apodo, "El Uturnunco" porque decían vos has salido de alguna cueva por ahí, los uturunco eran famosos en Tucumán, así me pusieron en la villa.

Derroteros

Otra parte que fue volver a revolver y rebobinar en mi identidad fue conocer a mi hija. Esa parte fue muy dura. Nos juntamos en la casa de unos amigos de la familia allá en Jujuy. Ella estaba ahí y no le decían quien era yo, cuando llegue me miraba y cuando le digo "yo soy tu papá" ella dice "yo ya sabía que eras mi papá porque te pareces mucho a mi tío Mario (mi hermano) y porque yo sabía que algún día ibas a aparecer". Le dije "perdóname todo lo que te he abandonado este tiempo", y ella me dijo "no tengo que perdonarte papá". Nos abrazamos y lloramos... después de tantos años que había pasado. Tenía 9 años y cuando cayó la casa ella tenía 9 meses. Muchos años de sufrimiento y aguante contenido de mi parte y de ella, que sabía que yo estaba vivo y le había dicho que estaba exiliado fuera del país. Esto era en el año 83, ya había ganado Alfonsín y ella le decía a los abuelos, "ya que ha ganado Alfonsín y ha vuelto la democracia ¿cuándo va a aparecer mi papá?"

Durante todo este tiempo Tenía un compañero que era el que recibía las cartas de mis familias, y yo les respondía y se las mandaba a las casa de unas tías mías. Era una cadena y me mandaban fotos de la Mariana.

En la carta que le escribo a mi hermano, después de ese momento, le planteo esos dos problemas. Por un lado, yo ya no podía volver a seguir con mi identidad en Tucumán y necesitaba reinserirme y estar con mi hija, pero en Jujuy, donde estaba Mariana con su abuela, también se me plantea un problema de identidad. Primero porque yo como bien decía mi suegra era un "tucumano obrero de la construcción". Y en esas condiciones de búsqueda de mi identidad yo no puedo estar con mi hija, no puedo estar bien. Ella también tenía que reconocerme a mí. Tenía 9 años cuando la vi la primera vez. Y claro ella también tenía a sus abuelos como padres reales, eran los padres de la infancia y yo no quería pasar por encima de eso. Muchos me decían "¿por qué no te la traes con vos?" pero no, porque yo iba a cumplir con mis deseos pero capaz que para ella era un trauma muy grande tener que dejar todo y lle-

varla a San Juan, tan distante. Yo entendí que eso de rescatar mi identidad y estar bien conmigo mismo y tratar de que mi hija se identifique conmigo era un proceso, y en ese proceso primero tenía que estar bien yo con una seguridad no sola psicológica, sino afectiva y laboral. No podía seguir viviendo a los giros como había vivido hasta ese momento. Era un proceso que puede haberle sucedido a muchos padres cuando se reencontraban con sus hijos y Mariana encima estaba entrando en una etapa difícil como la pubertad. Así que me volví a San Juan a retomar mis raíces familiares. Mi familia me recibió con los brazos abiertos, era fiesta todos los días; ellos también me daban por muerto. Recibía mucho afecto. En Jujuy también, la familia de la SISI me consideraba como un hijo, pero llegó un momento que mi suegra me dijo "tenes razón Carlos, tenes que irte". Así fue la reconstrucción, no fue fácil.

Con Mariana me vengo a reencontrar cuando era adolescente y se iba a pasar las vacaciones conmigo. Fue ahí que entramos a conversar y rebobinar el cassette y empezar a reconstruir todo, qué había pasado, cómo era la madre. En fin todas las preguntas que se hacen los adolescentes sobre cómo es la historia de sus padres, porque creo que esas preguntas se hacen aun en los hijos que han vivido toda la vida con los padres.

Reflexiones finales

Los sentidos que vuelca Carlos Tello, como los de muchos, sobre sus experiencias son el resultado de valoraciones que conllevan pérdidas y derrotas, esperanzas y convicciones que permanecen intactas. Su relato repasa triunfos y derrotas, conquistas y fracasos que interactúan constantemente entre lo público, lo privado y lo clandestino; entre lo vivamente subjetivo y lo abrumadoramente objetivo; entre las valoraciones emocionales y las reflexiones históricas.

La narración es para Tello, la necesidad de reconstruir su identidad. Para ello un punto de partida ineludible es afrontar las distorsiones, interrupciones, desgastes y ausencias que le provocaron en su vida los tiempos del exilio.

"Si bien estaba dentro de los presupuestos, dentro de la vida, de la elección, de la militancia, una cosa era pensarlo y otra vivirlo y era muy difícil soportarlo. Pero el compromiso y la elección militante un poco era lo que daba sentido y alrededor del cual giraban todas nuestras decisiones. Uno piensa a esta altura de la vida como puede ser que un militante haya arriesgado su familia, su hija y haya puesto en la parrilla la vida propia y la de su familia, todo era en función de una utopía, un idealismo, pensábamos que si nosotros lográbamos triunfar nuestros hijos iban a vivir en un mundo mejor, y si no llegábamos nosotros los hijos de nuestros hijos...por supuesto que mucho idealismo. Una cosa que tampoco logramos dimensionar fue la crudeza del terrorismo de Estado, la represión, la desaparición y hasta donde podían llegar a destruir nuestras familias. De eso no teníamos dimensión. También una idealización de que el pueblo iba a reaccionar frente a la represión, al avallamiento de las libertades y de la democracia...y llevó mucho tiempo para que lograra reaccionar".